

Me levanto un día más. Todos me parecen iguales. Me doy una ducha y aprovecho hasta el último segundo el único momento de tranquilidad del día. Al mirarme al espejo, descubro que ha aparecido un moratón allí donde él me golpeó ayer. Me lo temía. Intento disimularlo con algo de maquillaje, pero no resulta efectivo. Bajo las escaleras con cuidado, con las piernas temblorosas. Ha pasado más de un año y todavía no consigo olvidar lo que ocurrió allí. Recojo los cristales rotos del suelo y me preparo el desayuno. Él ya se ha ido a trabajar.

Paso toda la mañana haciendo las tareas de la casa. Cuando acabo, me dejo caer en el sofá, exhausta. Espero sobrecogida que el reloj marque las 2 y el coche aparece en la puerta. Él entra malhumorado como de costumbre y, cuando me acerco para ayudarlo a quitarse la chaqueta, él me la tira sin ningún miramiento. Después, va hacia su despacho y cierra de un portazo, sin ni siquiera un hola.

A la hora de comer, tenemos una discusión. Se origina por la simple pregunta de “cómo te ha ido en el trabajo”. Me grita que yo no sé nada y me recrimina que pase todo el día en casa cuando él se esfuerza por sacar adelante esta casa. Cuando yo le suplico que baje la voz, él entra en cólera y vuelve a encerrarse en su despacho.

Es en ese momento en el que tomo una decisión que quizá debería haber tomado años atrás. Cojo el móvil y marco el número que nunca me había atrevido a marcar: 016.

Intento explicar mi situación de la manera más breve posible, intentando que él no se entere. Pero, de repente, la puerta del despacho se abre. Él sale con aparente tranquilidad y me quita el teléfono. Su cara cambia cuando ve el número. Cuelga rápidamente y me da una bofetada. Luego un empujón. Oigo sirenas en la calle y noto un fuerte golpe en la nuca al caer. Veo como justo después, alguien irrumpe en mi casa. Pero ya es demasiado tarde y noto como la vida se me escapa entre los dedos.